

turales no alcanza el misterio; pero la Escritura le expresa, la fe le propone, la Iglesia le enseña, y la razón, apoyada en el dogma, deduce lógicamente la real presencia de Jesucristo en el Sacramento del amor, *ya de la necesidad de la Eucaristía; ya del fin sobrenatural del hombre; ya de la perfección de la Ley evangélica; ya del hecho mismo de la Encarnación del Verbo; ya del sacrificio de la Cruz; ya, en fin, del amor ardiente, eterno, infinito que atesora el corazón de Jesús en favor nuestro.*

¿Qué debemos hacer nosotros en virtud de tantos y tan grandiosos prodigios como el Señor hace por santificarnos, por unirnos á su corazón divino y por deificarnos cuanto es posible á humanas criaturas? Aquí el silencio; cada cual lo medite consigo mismo, vea lo que hace, vea lo que debe hacer, y después resuélvase á obrar: diciendo con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta... mi vivir es Cristo... y Cristo es todo en todas las cosas.—Omnia in omnibus Christus.*

## CAPÍTULO XIII

### Preparación al dogma de la Sagrada Eucaristía.

#### 1. Resumen del capítulo anterior.—2. Orden de materias.

**H**ABIENDO ya probado *la realidad de la Eucaristía* por la necesidad que de ella tenemos, por *el fin* sobrenatural del hombre, por la perfección de la *Ley nueva*, por la *Encarnación* del divino Verbo, por la *Redención* del género humano y por *el amor* infinito que Jesús nos tiene, lo cual ciertamente arroja luz vivísima sobre las inteligencias hermoeadas con la fe católica, tiempo es ya de comenzar á exponer las *pruebas directas* de tan profundo como consolador misterio.

2. Múltiples y muy variadas é importantes son las materias que á este respecto hay necesidad de tratar; mas todas ellas, si bien se considera, pueden reducirse á los puntos siguientes:

- 1.º *Las figuras, profecías y promesas de la Eucaristía.*
- 2.º *La institución y motivos de tan augusto Sacramento.*
- 3.º *La real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.*
- 4.º *El dogma de la Transubstanciación.*
- 5.º *Las grandezas y las lecciones de la Eucaristía.*
- 6.º *Sus efectos generales en el orden moral y social.*

Brevísimos habremos de ser en la declaración de tantos y tan grandiosos misterios, pues nos concretaremos particularmente á la práctica y á lo que más interese saber al común de los fieles cristianos; y comenzando por las cosas que precedieron á la institución de la Santísima Eucaristía, como preparación á ella, explicaremos dos puntos:

- 1.º **Las principales figuras de la Sagrada Eucaristía.**
- 2.º **Sus profecías y sus promesas.**

## § I

## INDÍCANSE LAS PRINCIPALES FIGURAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

3. El corazón de Jesús y las necesidades del hombre.—4. Necesidad del Sacrificio eucarístico.—5. Figuras de la Eucaristía.—6. El árbol de la vida.—7. El río del Paraíso.—8. El sacrificio de Melchisedech.—9. El Cordero pascual.—10. El Maná del desierto.—11. El arca de la Alianza.—12. Los panes de la proposición.

3. Entre todas las obras admirables de la omnipotencia divina no hubo otra mayor que la Encarnación del eterno Verbo y la institución del Santísimo Sacramento. Indigno era el hombre de merced tan señalada; mas Dios, de quien es propio compadecerse y perdonar, se dignó hacerse hombre, para que el hombre quedara hecho digno de Dios. Semejante al paralítico de la piscina hallábase el género humano en la mayor indigencia, sin poder salir de su abyección ominosa: faltábale un hombre que cual ángel de Dios le tomara de la mano y le dijera como á aquel infeliz tullido: *Levanta y anda*. Este hombre se presentó en el mundo, y es nuestro Señor Jesucristo, Verbo divino encarnado, que tomó la naturaleza humana, y con ella un corazón amorosísimo, que se compadeció de nuestras miserias, y remediándolas con su pasión y muerte, nos tomó de la mano y nos dijo: *Levanta y anda*.

Para esto, observa San Agustín (Serm. X de *Nativ. Dom.*), descendió del cielo el Verbo del Padre al seno purísimo de la Virgen Madre; pues entró en el plan divino de la regeneración del hombre que tomara de la sangre virginal de María el cuerpo que había de entregar á la Cruz por nuestro amor. El rocío del cielo descendió sobre el vellocino de Gedeón, y el Verbo de Dios sobre el casto seno de la Virgen Inmaculada.

4. ¡Oh amor inmenso del corazón de Jesús! Los sacrificios todos del Antiguo Testamento, ya por parte de los oferentes, ya por razón de la cosa ofrecida, no eran bastante para aplacar á Dios Padre ofendido; mas he aquí que descendiendo de lo alto su Hijo Unigénito, se ofreció á sí mismo como Víctima por nuestros pecados, y la deuda, que era infinita, quedó en absoluto saldada. ¡Oh Padre!—dijo Jesús;—*hasta ahora no te han sido aceptos los sacrificios, ni las ofrendas, ni los holocaustos, sino en cuanto eran figura del que yo te había de ofrecer en la cruz. Por esto me has revestido de un cuerpo formado por ti mismo, en el que pudiese yo ser sacrificado*

por satisfacer la deuda del humano linaje. He aquí que vengo para hacer ¡oh Dios! tu voluntad. (Hebr., X, 5-10.)

Pues bien: ¡Jesucristo, he aquí el hombre sin el cual no podemos ser sanos! ¡He aquí el hombre sin el cual permaneceremos siempre paralíticos en la vida espiritual! ¡He aquí el hombre sin el cual no podemos vivir para el cielo, porque su vida es nuestra propia vida!

Jesucristo, sin embargo, después de resucitado, sube al Padre... ¿Nos habrá de dejar solos en este valle de miserias? No en verdad; esto no lo sufre su corazón amoroso. Necesitamos, como el paralítico, un hombre, y Él quiere ser siempre ese hombre. ¿De qué manera? ¡Oh! Aquí entra lo más asombroso y lo que jamás pudo caber en humano entendimiento: Jesucristo lo realizó instituyendo la sagrada *Escritura*, quedándose realmente en ella, sin dejar por eso de subir á su Eterno Padre. Este es el misterio, prodigio de los prodigios de Dios, amor de los amores divinos, encanto y consuelo de los corazones humanos. Comencemos á considerarle según nuestra pequeñez.

Dios nuestro Señor ha querido que la Eucaristía, como el gran milagro de su amor hacia los hombres, fuera anunciada y entrevista por ellos con mucha anticipación en las páginas del Antiguo Testamento; primero, por *figuras*; después, por *profecías*, y, finalmente, por *promesas*.

5. FIGURAS DE LA EUCARISTÍA.—Las figuras están terminantes, son asombrosas y prueban que la Eucaristía es el compendio y memorial de la antigua Ley. Es axioma de exégesis bíblica que todo el Antiguo Testamento constituye una figura continuada de Jesucristo, y así lo testificó San Pablo cuando, hablando á los de Corinto (X, 6), les dijo: *Todas aquellas cosas del desierto acontecieron en figura*. Es decir, que todo cuanto leemos en las páginas sagradas antes de la Ley evangélica, sean *preceptos*, sean *ceremonias*, sirvieron para *preparar, anunciar y figurar á Cristo*; y esto ciertamente es verdadero, lo mismo hablando de Jesús encarnado que de Jesús en la Eucaristía. El mismo Salvador divino lo mostró á sus discípulos, declarando que el Maná era *figura* del Santísimo Sacramento.

Varias son las figuras del misterio eucarístico que se ofrecen á nuestra consideración; más aquí enumeraremos sólo las principales, que son las siguientes:

*El árbol de la vida.*

*El río que regaba el Paraíso terrenal.*

*El sacrificio de Melchisedech.*

*El Cordero pascual.*

*El Maná del desierto.*

*El Arca de la Alianza.*

*Los panes de la proposición.*

¡Cuánta figura, cuánta maravilla y cuánto tiene aquí donde espaciarse la consideración cristiana!

6. EL ÁRBOL DE LA VIDA.—Plantado se hallaba aquel árbol maravilloso en medio del Paraíso (Génes., II, 9); plantada es encuentra la sagrada Eucaristía en medio del paraíso de la Iglesia.

Si aquel árbol fué el centro de los demás en jardín tan ameno, sobresaliendo entre todos y conteniendo en sí mismo la virtud de todos, de igual manera la Eucaristía es el centro de toda la Religión y de los Sacramentos restantes, superior á todos en excelencia y encerrando dentro de sí mismo la virtud de todos é infinitamente más.

Si aquel árbol preservaba al hombre de las enfermedades, de las tristezas y de la muerte, mucho más la Eucaristía nos preserva á nosotros de las dolencias del alma, de las aflicciones del espíritu y de la muerte eterna, hija del pecado, que es la suprema desgracia.

Si aquel árbol se llamaba *de la vida*, porque conservaba la de Adán asegurándole una especie de inmortalidad en la tierra, con muy superior modo la sagrada Eucaristía debe llamarse el *Sacramento de la vida*, puesto que ella, en el orden sobrenatural, la da y conserva y acrecienta en el alma, haciéndola vivir eternamente. ¿Quién no ve en aquel árbol maravilloso delineado á grandes rasgos el Sacramento del amor?

7. EL RÍO DEL PARAÍSO.—Pero no menos le bosqueja *el río que regaba el Paraíso terrenal*. Aquel río sorprendente brotó caudaloso de un lugar de placeres, y sus aguas fecundantes sostenían el verdor, la hermosura y el encanto de tan ameno jardín; por semejante manera la Eucaristía surgió del corazón sacratísimo de Jesús, fuente de todo placer, y la sangre divina que misteriosamente fluye del altar santo, no sólo vivifica y fecundiza el corazón de los hombres, sino que hace germinar y riega y acrecienta las virtudes cristianas en nuestra alma para que jamás languidezcan, ni se marchiten, ni mueran.

Aquel río, con sus cristalinas y bullidoras aguas, regaba todo el jardín, árboles, plantas y hierbas, y todo crecía, y recreaba, y esparcía su visísimo aroma, signo de agradecimiento, como diciendo

al divino Hacedor: *Señor, muchas gracias...* La Eucaristía, por modo muy superior y con más hermosas corrientes, inunda las almas cristianas sedientas de luz, de justicia y de amor, y cuando ya se hallan saturadas del inefable manjar eucarístico, derraman en torno suyo perfume de santidad, y dirigiéndose á Jesús sacramentado, exclaman llenas de júbilo: *Señor, muchas gracias.*

Aquel río paradisiaco comunicaba la vida, la fuerza y la savia á los árboles que producían sabrosos frutos y á las plantas que se extendían lozanas, ostentando odoríficas y matizadas flores, más que el oro y la plata preciosas... La Eucaristía, en regiones inmensamente más elevadas, comunica á las almas la savia divina del corazón de Jesús, haciéndolas extenderse en sabiduría, en gracia, en amor, en prudencia, en pureza, en humildad y en todas las demás virtudes, frutos deliciosos de santidad que forman las complacencias del Corazón deífico.

8. EL SACRIFICIO DE MELCHISEDECH.—¿Se dirá, por ventura, que esto es grandioso, magnífico y que sublima al hombre por extraordinaria y nunca oída manera? Verdaderamente, así es, y mucho más si se atiende á que el mismo hombre en el Sacrificio eucarístico no obra como hombre ni le ofrece como hombre, sino como Dios. Jesucristo es el principal oferente, es el Sacerdote de la Ley nueva, el *Sacerdote eterno, según el orden de Melchisedech*. (Psalmo CXIX, 4.) Jesucristo ofrece á su Eterno Padre el pan y el vino convertidos en su cuerpo y en su sangre, y esta ofrenda es llamada *Eucaristía*, ó sea *Acción de gracias*. El sacerdote católico en el altar, y los fieles que juntamente con él son cooferentes, obran, no en su nombre propio, sino en el de Jesucristo, formando como una sola cosa con Él. Pues bien: Melchisedech, sacerdote de la Antigua Ley, ofreciendo á Dios el pan y el vino en acción de gracias, no fué otra cosa que una figura de la realidad eucarística.

9. EL CORDERO PASCUAL.—Cosa sorprendente, sin duda, es la figura de la Eucaristía representada en el sacrificio de Melchisedech; pero ¿fué ésta la principal y la que con más exactitud la determina?—No por cierto—contesta Santo Tomás,—pues el cordero pascual lleva la preferencia, y esto por tres razones; Primera, porque aquel cordero era comido con panes ázimos. (Exodo, XII, 8). Segunda, porque era inmolado por todos los hijos de Israel en la luna XIV, lo cual fué figura de la Pasión de Cristo, que por su inocencia se dice Cordero. Tercera, porque por la sangre del cordero pascual fueron aquéllos libertados del ángel exterminador y de la esclavitud de Egipto. (S. Thom., p. III, q. 73, a. 6.)

Verdaderamente, el pueblo judío comía el cordero pascual con panes ázimos, de pie, con los riñones ceñidos, y con lechugas silvestres, figura propia de la Eucaristía, en la cual se emplea pan ázimo, y se toma con el alma en pie, ó sea en estado de gracia, con los riñones ceñidos, esto es, con toda pureza, con lechugas amargas, es decir, con sentimiento y pesar de haber ofendido á Dios.

El cordero era para los israelitas una víctima y un alimento; alimento y víctima es para nosotros la Sagrada Eucaristía.

El cordero que ellos sacrificaban había de ser limpio, y su sangre derramada sobre las puertas desviaba de sus casas la ira del Señor; de igual manera en la Eucaristía, Jesucristo es el Cordero de Dios, puro y sin mancha, las especies eucarísticas son blancas y la sangre de este Cordero divino, derramada en la cruz y fluyendo del altar, apacigua la cólera del Altísimo.

**10.** EL MANÁ DEL DESIERTO.—Mas viniendo ya al Maná que, en cuanto al efecto del Sacramento eucarístico, es la principal figura (S. Thom., III, q. 73, a. 6) descúbrense analogías admirables, que no podemos pasar en silencio, porque la Eucaristía contiene en grado eminente todas las maravillas del Maná.

El Maná era un alimento de color blanco, en forma de pequeños granitos, que bajaba del cielo y tenía todos los gustos apetecibles; y esto cabalmente acontece en la Eucaristía: es un alimento divino, que se muestra blanco á nuestras miradas, en forma de pequeñas partículas, Pan bajado del cielo, y que encierra los más suaves gustos de la divinidad, de la gracia y de la virtud.

Los judíos quedaron admirados ante el portentoso milagro del Maná, y dijeron: *¿Qué es esto, Señor?*—De igual manera los cristianos debemos sentirnos arrebatados de admiración, de alegría, de amor y de gratitud ante el inefable prodigio de la Eucaristía, y decir: *¿Qué es esto? ¡Oh buen Jesús! ¿Quién es el hombre, para que así le engrandezcas, y por qué pones sobre él tu corazón?* (1).

El Maná era una merced divina, concretada únicamente á los hijos de Israel, quienes debían alimentarse de él todos los días hasta hacer su entrada triunfante en la tierra de promisión; la Eucaristía, de igual modo, es merced singularísima del Señor, hecha á solos los hijos de la Iglesia, para que les sirva de alimento espiritual durante su peregrinación por esta vida hasta que, colmados de méritos y de gloria, hagan su feliz entrada en las prometidas mansiones del cielo.

(1) Quid est homo, quia magnificas eum? aut quid apponis erga eum cor tuum? (Job., VII, 17.)

El Maná tenía, para todos los que le comían con agradecimiento, el sabor que ellos deseaban encontrar; y la Eucaristía, por modo más excelente, proporciona á todos los fieles que dignamente la reciben, el gusto de todas las virtudes, en especial las que á ellos más agraden y más deseen adquirir. Los fervorosos saborean el amor; los débiles sienten la fortaleza; los humildes el gusto en el abatimiento; los afligidos experimentan regocijo... No hay virtud, por encumbrada que sea, que no alcancen los cristianos en la digna recepción de este manjar divino, y que el Pan celestial no les haga sentir con dulzura. ¡Oh amor de los amores, cómo encantas y deleitas á los corazones humanos! ¡Qué infelices son los que no se enamoran de la Eucaristía y hacen de ella su manjar cotidiano y predilecto!

El Maná, por último, cesó en la tierra prometida, y de semejante manera la Eucaristía cesará en la patria celestial, donde no se ocultará el Señor bajo las especies de pan y de vino, sino que le poseeremos visiblemente y será nuestro alimento por toda la eternidad.

**11.** EL ARCA DE LA ALIANZA.—¡Válganos Dios! ¡Cuántas cosas se ocurren al tocar este punto, si no lo impidieran los estrechos límites de nuestros propósitos! El Arca de la Alianza era la bendición, la salvaguardia y la protección de los israelitas.—La Eucaristía es para los cristianos, más que protección, más que salvaguardia, más que bendición: es salud, fortaleza y vida; es deificación suprema del hombre sobre la tierra, tanto cuanto la humana naturaleza es susceptible de serlo. «Hace mucho tiempo—dicen los Santos Padres—que el mundo se habría aniquilado, si no fuera por el pararrayos de la Eucaristía, en la cual Jesús sacramentado ruega incesantemente por nosotros.»

El Arca de la Alianza se hallaba colocada debajo de un velo que la ocultaba á las miradas del pueblo, encerrando dentro de sí un sagrario con el precioso Maná; y esto cabalmente acontece en la sagrada Eucaristía. El *velo* que la cubre—dijo San Buenaventura—son las especies sacramentales; el *arca* es el Cuerpo adorable de Jesucristo; el *sagrario* es su alma; el *Maná* su divinidad. ¡Cuánto misterio! ¡Cuánta analogía! ¡Cuánto amor!

El Arca de la Alianza, construida de madera incorruptible, contenía el propiciatorio, en el cual residía el Señor en medio de los querubines, y juntamente con el *Maná*, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. Con aquella Arca, el pueblo de Dios atravesó el Jordán á pie enjuto para entrar en la tierra prometida; á su vista ca-